

4.º *El negocio de la salvacion es el único de importancia*; porque es el solo cuya pérdida no se puede reparar, ni se puede destruir el éxito... La salvacion perdida, todo está perdido, y para siempre. La salvacion ganada, todo se ha ganado, y para siempre. En los negocios de este mundo podemos reparar nuestras pérdidas, podemos ganar por una parte lo que por otra hemos perdido; así como perdemos frecuentemente en una ocasion lo que hemos ganado en otra... No es lo mismo en el negocio de la salvacion; decidido una vez, queda decidido para siempre, sin remedio, sin recompensa para el que lo ha perdido, así como lo es sin temor y sin peligro para el que lo ha ganado... «¿Qué dará el hombre en cambio de su alma?...» Lo que hemos perdido podemos recuperarlo, podemos rescatarlo, podemos volverlo á tener por cambio; pero cuando se ha perdido el alma, ¿qué se ha de dar en cambio para recuperarla? ¿qué cosa equivalente podemos dar por ella? ¿qué cosa hay en el mundo cuyo precio pueda compararse con el de un alma? Pero ¿qué se ha de dar cuando ya no nos queda nada? ¿qué es lo que le queda á quien ha perdido el alma? ¿No lo ha perdido todo perdiéndose á sí mismo? ¿Y á quién se ha de dar? El que retiene el alma en el infierno nada pide, de nada necesita... La pérdida del género humano por el pecado de Adán no ha sido irreparable: si el hombre perdido por el pecado nada tenia para rescatarse, Dios le dió un Redentor, un Reparador, cuyos méritos excedieron á todas nuestras iniquidades. El cambio ya se hizo. ¡Cambio dichoso! Dios ha castigado á su Hijo inocente para reparar y pagar por el hombre. La muerte temporal de este amado Hijo libró al hombre pecador de la muerte eterna. Contrato ventajoso, que es una invencion admirable de la divina Sabiduría, y en que la justicia ganó, y triunfó su misericordia: contrato en que el Redentor mereció una gloria eterna, las complacencias de Dios su Padre, el amor de los Ángeles y de los hombres, y la adoracion de todas las criaturas: tratado en que los hombres han hallado su salvacion, el precio y el rescate de su alma, y el remedio á todos sus males... Luego, por grande pecador que yo sea, por grandes que sean mis pecados, no desesperaré: tengo con que reparar mis pérdidas en la sangre de mi Salvador; tengo el precio de mis ofensas, la satisfaccion de mis pecados, y el rescate de mi alma. Pero debo advertir que sobre la tierra se derramó esta sangre, y se derrama sobre nuestros altares: que este cambio se hizo sobre la tierra, que sobre la tierra se hizo esta redencion, y que sobre la tierra mientras vivo debo aprovecharme y aplicarme

el precio: porque si muero sin haberme aprovechado, estoy perdido, porque en el infierno ya no hay Redentor, ya no hay Salvador, ya no hay cambio, ya no hay rescate. ¡Oh pérdida! ¡oh desgracia infinita! ¿he pensado en tí siquiera una vez?... Al contrario, si me aprovecho de los beneficios de la redencion, si muero en la gracia y en el amor de mi Dios, yo soy salvo, y en el cielo ya no hay pecados, ya no hay peligros, ya no hay temores, ya no hay que tomar precauciones, ya no hay tentaciones que vencer.

Peticion y coloquio.

¡Oh bien infinito! ¡oh felicidad eterna! ¡oh felicidad inalterable é inamisible! Tú serás en adelante el único objeto de mi memoria que dará movimiento á todas mis acciones. Amen.

MEDITACION CXXXVIII.

CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

(Math. xvi, 27, 28; Marc. viii, 38, 39; Luc. ix, 26, 27).

DE LA DECISION SOLEMNE DEL NEGOCIO DE LA SALVACION, Ó SEA DEL DIA DEL JUICIO UNIVERSAL.

El dia del juicio final será un dia de gloria, un dia de confusion, un dia de justicia, un dia de una certidumbre indubitable.

PUNTO I.

Dia de gloria.

«Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria del Padre y «con sus Ángeles...» Cuási jamás hablaba Jesucristo del juicio ignominioso á que se debía sujetar sobre la tierra, y que le debía costar la vida, sin hablar tambien del dia glorioso en que él mismo debe al fin de los siglos juzgar á todos los hombres, para que el pensamiento de este grande dia nos hiciese adorar su cruz, y nos ayudase á llevar la nuestra. Jesús llama á la gloria y la majestad con que comparecerá el último dia gloria suya, gloria de su Padre, y gloria de sus santos Ángeles... ¡Ah! si pudiésemos formarnos alguna idea de esta gloria, ¡cuán vil y despreciable nos parecería toda la gloria de los hombres, y de qué ardor nos sentiríamos llenos para servir á tan grande Rey!

Lo 1.º *Jesucristo vendrá en su propia gloria*, esto es, en la gloria que le conviene como á Hijo del hombre, primogénito de los hom-

bres y de todas las criaturas, como á Hijo de Dios hecho hombre, como á Hombre-Dios, Rey de los hombres y de los Ángeles, Rey del cielo y de la tierra, Rey inmutable y eterno. Ahora ¿qué cosa es todo el esplendor y toda la majestad que rodea al rey mas grande, en comparacion de la de este Rey de los reyes, de este Juez supremo de todos los reyes del mundo? Y ciertamente la majestad de estos nos deslumbra, nos aterra, nos imprime respeto y temor, nos hace sumisos á todas sus voluntades, y sacrificarlo todo por agradarles. Y Vos, ó Rey de los reyes, Vos sois ofendido, Vos sois ultrajado, Vos despreciado, Vos blasfemado, Vos insultado hasta en vuestros templos, en vuestra presencia y sobre vuestros altares. ¡Ah! si vibráseis á vista de estos temerarios profanadores un solo rayo de vuestra gloria, Vos los veríais temblando, perdidos, anonadados delante de Vos, y dispuestos á ejecutar todas vuestras órdenes. Pero tambien se atemorizarian vuestros propios siervos. ¡Ah! ¿cómo se atreverian á acercarse á Vos, á hablaros de su amor? Por otra parte, el homenaje mismo que os ofrecerian los impíos no seria digno de Vos, seria un efecto de su terror, y Vos quereis que sea solo efecto de nuestra fe. Creo, pues, ó Salvador mio, esta terrible majestad, este glorioso esplendor, que es propio de Vos, y que para bajar á mí lo escondéis á mis ojos... Creo, y en esta fe me sujeto á Vos, me declaro por Vos, quiero amaros y obedeceros, como si con mis propios ojos os viese en todo el esplendor de vuestra gloria.

Lo 2.º *Jesucristo vendrá en la gloria de su Padre...* esto es, en la gloria de que Dios lo ha revestido, como su Verbo, como su Hijo amado... Escondeos, ó cielos, y arrollad vuestro manto; desapareced vosotras, ó estrellas... ¿Qué cosa es el esplendor de que os ha adornado la omnipotencia de Dios en comparacion del que ha dado á su Unigénito, establecido por el heredero de todos sus bienes, por el que ha hecho todos los siglos, que es el esplendor de su gloria y la imágen de su sustancia¹? Dios su Padre lo ha coronado de gloria y de honor, lo ha colocado sobre todo lo criado, ha puesto á sus piés todas las cosas, y nada ha hecho que no lo haya sujetado á él. Los Ángeles mismos han recibido orden de adorarlo y reconocerlo por su Criador, y Criador del universo. Tal aparecerá Jesús en la gloria y en la majestad de su Padre. Dichoso, pues, en aquel dia el que lo habrá servido, adorado y amado.

Lo 3.º *Jesucristo vendrá en la gloria de sus santos Ángeles...*

Una corte numerosa y brillante hace la gloria de los reyes, hace

¹ Hebr. i.

conocer su grandeza y manifiesta su poder; ¿y qué diferencia entre la corte de los reyes de la tierra y la del Rey del cielo? Aquellos hombres débiles y mortales no tienen para formar su corte sino hombres débiles y mortales como ellos; pero el Hijo del hombre, Jesús, el Hombre-Dios tiene por cortesanos y por ministros los Ángeles inmortales, de quienes uno solo tiene mas conocimiento, fuerza y poder que todos los hombres juntos. Los reyes de la tierra, pecadores y sujetos al pecado, no tienen por cortesanos sino hombres pecadores y sujetos al pecado; pero Jesús en su corte solo tiene Ángeles santos, de quienes son santos todos los pensamientos, todos los afectos, todas las acciones.

Los reyes de la tierra tienen en su corte los propios súbditos, á quienes han hecho gracias, dado empleos, y dispensado sus favores; pero no les han dado el ser ni las cualidades del espíritu y del cuerpo que los hagan recomendables: la corte de Jesús está compuesta de solos Ángeles suyos, y de tal suerte suyos, que él mismo los ha criado, les ha dado la inteligencia sublime, y aquel vasto poder por el que son en gran manera superiores á los hombres. Ellos reconocen que por él únicamente existen, que sin él son nada, que de él lo han recibido todo, que él es su Dios, su Criador, su Señor, y que deben emplear todo lo que son y lo que tienen en los intereses de su gloria y en honor de su servicio. ¿Y cuál es, pues, el número de estos bienaventurados espíritus, atentos y prontos á ejecutar las órdenes de su Soberano? El número es innumerable, y san Juan en su Apocalipsi¹ habla del número que ha visto, diciendo, que millares de millones rodeaban su trono... ¡Oh Rey de la gloria, y cuán grande sois, cuán grande compareceréis en el último dia! ¿Quién, pues, no os temerá, quién no os servirá, y no temblará de disgustaros, y quién no despreciará cuanto hay sobre la tierra por unirse únicamente á Vos y á vuestro santo servicio?

PUNTO II.

Dia de confusion.

«Y quien se avergonzará de mí y de mis palabras en esta generacion adúltera y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará tambien de él, cuando vendrá... con su majestad...» Jesucristo en este grande dia cubrirá de confusion, y se avergonzará de reconocer á aquellos que se han avergonzado de él; que habrán tenido ver-

¹ Apoc. v, 11.

güenza de declararse en su favor, esto es, de practicar su Evangelio, y de sujetarse á su ley. Ahora de estos se pueden distinguir tres especies:

1.^a *Los primeros desechan á Jesucristo y su Evangelio por amor de este mundo, de sus bienes, de sus placeres y de sus grandezas...* Prefieren la satisfaccion presente de sus pasiones á la esperanza de los bienes venideros, el esplendor transitorio de este mundo corrompido á toda la gloria del futuro siglo. No les mueven las promesas ni las amenazas de Jesucristo, no tienen ánimo para fiarse de él, y renunciar sobre su palabra los falsos bienes de esta vida mortal, para merecer la verdadera felicidad de la vida eterna. Y ¡oh cuál será su confusion cuando vean á Jesucristo en su gloria, y comprendan las consecuencias de la eleccion insensata que hicieron! Comparen ahora el mundo que han amado con aquel nuevo que se presenta á sus ojos. ¿Qué cosa ha venido á ser, me parece que digan, en qué ha parado aquel mundo pecador, adúltero y corrompido que vimos en la mayor grandeza de su esplendor?

2.^a *Los segundos tienen vergüenza de Jesucristo delante de los hombres, y no tienen ánimo para practicar su Evangelio por respeto humano...* Ahora hacen traicion á la fe, ahora la hacen á la virtud, temen perder su fortuna, su reposo y su reputacion. Quieren ser como los otros; no quieren distinguirse: dejan de hacer el bien por temor, y hacen el mal por complacencia. Conviene hablar y obrar como los otros para evitar los discursos malignos, los dichos y las correcciones de los otros. Á vista de una tal conducta la conciencia murmura, pero los hombres la aplauden... ¡Qué hombres, Dios inmortal! ¡qué aplausos! ¡Ah! no dudeis, insensatos, vendrá Jesús en su gloria cercado de sus Ángeles: entonces reprobará, condenará y desechará con oprobio á vosotros, hombres perversos que ahora os haceis temer, y á todos aquellos viles desertores que os habrán temido.

3.^a *Los terceros son aquellos que se avergüenzan de someterse á la ley de la penitencia...* La vergüenza que tienen estos de Jesucristo y de sus preceptos no es en presencia del mundo y á los ojos de los hombres; sino solamente á sus propios ojos y delante de un hombre solo, á cuyos piés no tienen valor de humillarse y hacer la confesion sincera de sus culpas para obtener el perdon. ¡Maldita vergüenza! ¿es posible que tú impidas cada dia tantas conversiones, y pongas el colmo á los pecados en el lugar mismo en que se debian borrar? ¡Ay de mí! aquella alma estaba movida de Dios, affi-

gida de sus desórdenes, arrepentida de sus pecados; bastaba solamente una palabra, y quedaba limpia: no ha tenido valor, ha temido mas á un hombre que á Jesucristo, ha preferido la estima de un hombre al amor de Jesucristo; su orgullo y su vileza la han detenido en sus cadenas, y sus lazos se han fortificado, se han multiplicado, y ni aun los ha roto la misma muerte. ¡Ah! ahora estos pecados están expuestos al grande dia; comparecen con toda su abominacion á los ojos de todos los hombres, á los ojos de Jesucristo y de todos sus Ángeles. ¿Dónde os esconderéis ahora, ó viles? ¿dónde os abismaréis? ¿dónde os aniquilaréis? ¡Ah! mientras estamos á tiempo profesemos nuestra fe, practiquemos nuestra ley con un valor digno de aquel que es el autor, y que un dia á los ojos del universo será su juez y su remunerador glorioso.

PUNTO III.

Dia de justicia.

«Y entonces dará á cada uno segun sus obras...» Pesemos estas cuatro palabras.

1.^a *Entonces...* No nos sorprenda la injusticia que vemos reinar sobre la tierra. El reino de la justicia no es este: se tiene alguna idea de ella; pero faltan las luces, el poder, y muchas veces la voluntad de ejercitarla. La gloria y las recompensas se dan muchas veces á aquellos que menos las merecen, mientras que los que son mas dignos quedan burlados y abandonados al desprecio y á la opresion. Pero ¡ah! no demos quejas inútiles de este desórden; pensemos solamente á no cometerlo: sufrámoslo pacientemente; lo sufre Dios mismo. Vendrá su dia, y *entonces* reparará la injusticia y restablecerá el órden. No busquemos nuestra recompensa en este mundo; en vano la buscaríamos, y cuanto hiciésemos por una recompensa temporal nos haria perder la eterna. Esperemos con paciencia el tiempo de Dios; remitamos á él nuestra causa, y *entonces* no será vana nuestra expectation.

2.^a *Dará...* ¿Quién? Jesucristo mismo, que aquí nos lo asegura, nuestro Dios y nuestro Salvador. *Dará* como Dios y como Salvador á los buenos que lo han servido y amado una felicidad pura en su gozo, inmensa en su grandeza, eterna en su duracion: á los malos que lo habrán despreciado y ultrajado un suplicio incomprensible en su naturaleza, infinito en su extension, eterno en sus efectos.

3.^a *Á cada uno...* Á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á

los pobres, á los sábios y á los ignorantes, al soberano y al último de los súbditos. *A cada uno* en particular, distintamente, separadamente: no confusamente á una nacion, á una generacion, á un orden, á una sociedad, á una congregacion; sino *á cada uno* de cada nacion, de cada orden, de cada sociedad: á mí en particular, y considerado solo sin alguna otra relacion. Ya no habrá mas protecciones, ya no habrá socorros, ya no habrá cábalas; *cada uno* de por sí, y nada mas...

4.^a *Segun sus obras...* No segun su dignidad, su espíritu, sus talentos, su nacimiento y su reputacion; sino *segun sus obras*, tales cuales son en sí mismas; no como las han visto los hombres, alabado, vituperado, encomiado ó desacreditado. *Segun sus obras*, tanto particulares como públicas, tanto las mas secretas como las mas conocidas: *segun sus obras*, esto es, segun sus pensamientos y sus palabras, segun sus acciones y sus deseos: *segun sus obras*, con todas sus circunstancias, segun su grado de bondad ó de malicia, segun la intencion de que habrán ido acompañadas, y con todas las consecuencias que habrán tenido. ¡Oh Dios mio! ¿dónde me esconderé en aquel gran dia? ¿Qué otra cosa encontraréis en mí, sino obras de abominacion y de reprobacion? ¡Infeliz! no he comenzado aun á hacer obras buenas. ¡Ah! despiértate de tu mortal letargo, ó alma mia; demos principio ahora; desde este dia trabajemos para el último, y no lo perdamos jamás de vista en todas nuestras obras.

PUNTO IV.

Dia de una certidumbre indubitable.

Sin referir aquí las pruebas que pueden traerse del fondo de nuestro corazon mismo; del desorden que reina aquí en la tierra, de la necesidad de una justicia y de la naturaleza del mismo Dios, estemos á las palabras de Jesucristo... «Y les decia: Os digo en verdad, que de los que están aquí hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios que viene con majestad... antes que vean al Hijo del hombre venir en su reino...» Jesús, para confirmar cuanto habia dicho ahora de la gloria de su última venida á la fin de los siglos, predice á su auditorio los acontecimientos mas cercanos, y concluye este discurso con asegurarles que algunos de ellos no morirán sin haberlos visto. Esta prediccion se cumplió con tres célebres sucesos.

1.^o *La Transfiguracion á que asistieron tres Apóstoles*, y que sucedió seis dias despues de este discurso.

2.^o *La predicacion pública del Evangelio* por la fuerza y por la virtud del Espíritu Santo que bajó sobre los Apóstoles en el mismo año.

3.^o *La victoria del Evangelio* sobre la incredulidad de los judíos, el establecimiento de la religion cristiana sobre la ruina de Jerusalem, del templo y de su culto por la virtud de Jesucristo, y los prodigios que anunciaron el éxito feliz de la empresa de los romanos contra la nacion infiel y deicida. Este hecho acaeció cerca de cuarenta años despues de este discurso, el año setenta de Jesucristo. San Juan apóstol vivió mas de treinta años despues, y por consiguiendo muchos de aquellos que oyeron aquí la prediccion pudieron como él ser testigos, y al ver el suceso, llamar á la memoria las palabras de Jesucristo que lo habian anunciado. Pero nosotros, que reconocemos á Jesucristo, que lo vemos y lo adoramos reinante en su Iglesia; nosotros, que vemos su reino establecido con innumerables prodigios de su divina omnipotencia, y su Iglesia subsistente ya por tantos siglos; nosotros, que vemos la nacion judaica errante y dispersa, arrastrando por todas partes el oprobio de su delito y de su reprobacion, no pudiendo ir á lugar alguno sin ver reinar al que ella ha recusado por su Rey; nosotros, que somos testigos de tantas maravillas, ¿podremos no creer, no esperar con una entera certidumbre la última venida de aquel que prediciéndola ha predicho todo lo que vemos con nuestros ojos? Y si lo creemos, ¿podemos no prepararnos con todas nuestras fuerzas posibles?

Peticion y coloquio.

¡Oh Jesús, qué cosa teneis mas capaz para animarme á abrazar vuestra cruz, á ser y comparecer vuestro discípulo, á practicar vuestras máximas, á vivir una vida verdaderamente cristiana, que esta servidumbre de vuestra venida, que la fe en que estoy de que un dia vendréis á pronunciar, segun nuestras obras, la sentencia de una vida ó de una muerte eterna! ¡Qué consolacion entonces para mí, si tuviese la dicha de encontrar en mi Juez á aquel á quien yo habré procurado conformarme durante la vida! Concededme esta gracia, ó Salvador mio, para participar del testimonio glorioso que daréis un dia á vuestros Santos en presencia del mundo entero. Amen.